

NOTAS PARA UN «DIÁLOGO DE SABERES»

Fernando Urbina Rangel
fernandourbinarangel@hotmail.com
Bogotá 15.04.2013

Por «diálogo de saberes» se ha venido entendiendo el ejercicio profundamente humano de intercambiar ideas o pensamientos en forma pacífica, a partir de lo fundamental de cada dialogante quien aparece como un vocero y/o representante de la cultura respectiva. Estos diálogos interculturales se desarrollan en orden a lograr un buen manejo de ese *Mundo* que es la sumatoria de todos los mundos (los particulares de cada cultura). El «buen manejo de mundo» que busca este diálogo, tiene como fundamento el respeto y como meta lograr un «estado de justicia» en que todo y todos quepamos fraternalmente. El estado de justicia no sólo se ha de extender al ser humano; también ha de cobijar a la tierra (elementos), a las plantas y a los animales, dado que la especie humana va asumiendo la responsabilidad del conjunto, siendo día a día de modo creciente la principal causante del deterioro del medio ambiente, vital para todos.

En estricto rigor, cada persona es vocera de su cultura. No se requiere que alguien le delegue esa función. Pero cuando se trata de actos públicos, se tiene la práctica de que a dichos «diálogos» se invita a «sabedores o sabedoras», es decir, personas representativas de las culturas o saberes que se van a poner en diálogo. Por *sabedores* entendemos aquellas personas que han dado ese *plus*, ese *algo más* que las diferencia del común de la gente de su cultura, y ese algo más es más SABER, manejar más conocimientos y, sobre todo, más conocimiento ancestral. Llamamos *Sabedor* al personaje o personajes que en una cultura manejan el mayor número de símbolos.

La clave del «diálogo de saberes» reposa en lo ancestral y comienza cuando se comparte y se explora lo ancestral de cada cultura. ¿Por qué?

Porque son ciertos resultados de los diferentes procesos propios de cada cultura los que terminan por enfrentar las culturas y las personas dentro de cada cultura respectiva. Pero cuando se desciende a lo ancestral, generalmente se da con bases comunes. Desde esas bases comunes es que podemos reconocernos como iguales y dentro de un peregrinaje común (en cuanto cultura, nación o especie) hacia una Utopía, una meta que nos orienta y nos impulsa siempre a seguir adelante en «la búsqueda de un mejor manejo de mundo». Establecida esa base común, fundamento del ser humano, el diálogo permitirá mostrar y compartir los logros vitales y humanísticos que cada cultura ha alcanzado. Se piensa con optimismo que desde esa base común y desde esos logros se superarán o, al menos, se morigerarán los enfrentamientos producidos por las diferencias. Las diferencias serán vistas como oportunidades para confrontar –mediante una decidida autocrítica– los posicionamientos personales y grupales y, de esa manera basada en oposiciones complementarias, favorecer la existencia humana integral (implica lo cósmico).

Partamos de lo más elemental: la expresión misma que nos ocupa: «Diálogo de Saberes».

Las palabras significan algo en sí mismas, pero se llenan de muchos más sentidos cuando se juntan con otras. Y es ahí, en esas compañías donde manifiestan sus mayores poderes, donde dan paso a sus mayores posibilidades expresivas.

«**Diálogo**». En su forma más simple llamamos *diálogo* al intercambio de palabras entre dos personas (pueden haber varias pero no hablando todas a la vez: cuando eso sucede se habla de bochinche o gritería). Un diálogo es un turnarse respetuosamente en el uso de la palabra. Generalmente los discursos de los diálogos son cortos.

La forma más compleja y rica de explicar una palabra comienza por explicitar su etimología. Es decir, analizar sus componentes y orígenes. En el caso que nos ocupa los componentes son muy fáciles de delimitar: se trata de una palabra compuesta de un prefijo /*dia-...*/ y de un sufijo /*...-logo*/. Tanto el sufijo (= que se agrega después) como el prefijo (= que se agrega antes) provienen, en este caso, del idioma griego, que es junto con el latín uno de los principales componentes del castellano.

El prefijo /*dia-...*/ comporta el significado de /*a través de*/ = *atravesar, hacer una travesía, ir a través de*.

El sufijo /*...-logo*/ proviene del griego *logos*, una de las palabras más llenas de sentidos y, por lo tanto, de las más importantes del idioma griego, y, por ende, del mundo occidental. Inicialmente significó *palabra*. Llegó a tal su importancia que terminó sirviendo para designar a la propia divinidad. Así, el comienzo del Evangelio de Juan, cuya versión más antigua se conserva en griego, dice, *En el comienzo era el lógos*. Otra posibilidad es traducir la palabra *lógos* del griego al latín *verbum* = *verbo*. Los traductores cristianos suelen colocar *Verbo*, con mayúscula inicial, por cuanto es una referencia a la divinidad. *Verbo* ya no es simplemente *palabra*. Es el *verbo*, que es una palabra para designar acción, que actúa, que acciona, que opera, que es eficaz, que se realiza en la acción.

Yo llegué a entender mejor este sentido de la «*palabra eficaz*» cuando el Abuelo José García, de la Nación Muinane, me enseñó una noche en el mambeadero de su maloca en el quebradón Takana, cerca de Leticia, por allá en el año de 1976, que sus *Palabras* (*palabras-de-mambeadero*) las recibían en las noches las gentes que lo escuchaban, y ellas las hacían obra al otro día durante las labores cotidianas. PalabraObra. Una palabra sólo llega a ser verdadera si se hace obra.

La costumbre en las comunidades amazónicas que aún conservan los modos ancestrales de vivir, consiste en que terminadas las pesadas labores del día, toda la gente se recoge en la gran maloca. Los hombres se despliegan en media luna ante el Sabedor Mayor, quien preside *La-hora-de-la-palabra* en el coqueadero, el lugar más sagrado de la gran choza comunal. Todos los varones se sientan en *bancos-de saber*, de mínima altura. Las mujeres se acogen con sus críos en las hamacas. Desde allí procuran seguir la charla de los hombres, hasta que se duermen. Pero la Abuela permanece siempre en vela; su hamaca es la más próxima al mambeadero donde el Abuelo en las noches alza su voz cargada de milenios. La Abuela (esposa o madre) es su respaldo y, en cierta medida, su mayor fiscalizadora. Al otro día, durante los trabajos cotidianos, ella entera a las mujeres jóvenes –que se rindieron al sueño– de lo dicho durante las altas horas de la noche en *El-lugar-de-la-palabra*. Al menos así era en antigua.

Resulta que como el lenguaje –en cuanto operación simbólica– es el mayor caracterizador del ser humano, las *palabras* o la *palabra* –que es la forma más evidente de lenguaje–

define al hombre. Pero ¿qué diferencia las palabras que pronuncia un loro a las palabras que pronuncia habitualmente el ser humano normal? Se responde: las que pronuncia el hombre tienen *sentido*, tienen *razón*, o pueden *dar razón de ellas mismas*, *pueden dar cuenta y razón de lo mentado en ellas*. Y aquí aparece uno de los ejercicios más interesantes de los pensadores griegos: hicieron equivaler la palabra *logos* que significaba originalmente *palabra*, a aquello desde donde se hace que las palabras tengan sentido: la razón. Y así terminaron por decir que el hombre es el ser que tiene *logos*; es decir, es el ser que tiene la facultad de razonar. Abreviadamente: el hombre es un animal que posee razón (capacidad racional=lógos). Y según los griegos ¿para qué le sirve el *logos* al hombre? Para tres cosas fundamentalmente: para *conocer*, para *juzgar* y para *crear* obras con sentido y, desde luego, en tanto que de todas maneras el *logos* sigue siendo *palabra*, servirá también para *comunicarse*.

Los latinos son los creadores de la palabra *ratio* de donde viene –en castellano– *razón*. Ellos hicieron equivaler la palabra *ratio* a la palabra griega *logos*. Y no olvidemos que a la divinidad se le ha dado el nombre de Razón Suprema, por creerse que es quien posee todos los conocimientos, la capacidad infalible de juzgar, y sobre todo, la capacidad de crear; también, la capacidad de comunicarse, si bien prefiere –según la mayoría de las culturas– no hacer presencia en forma evidente, sino en forma velada, indirecta, en sueños, simbólicamente, valiéndose de lo mejor que le dio a los hombres: su capacidad de producir e interpretar símbolos. En todas las culturas figuran mitos que hablan del origen divino del lenguaje. Aparece como un don de la divinidad.

Con estas breves notas se puede ahora barruntar lo maravilloso que es un *diálogo*: es un ir a través de las palabras del otro; es un mutuo recorrerse, atravesarse, trasegar por lo esencial del otro. Lo esencial del otro es su capacidad racional y su razón se manifiesta en sus palabras. Las palabras expresan pensamientos. Por eso la palabra *logos* además de significar *palabra*, significa *pensamiento*. De ahí se da otra definición complementaria: ser humano es tener capacidad de pensar.

El Abuelo don Noé Rodríguez, de la Nación Muinane, me contó en el mambadero de su maloca en el raudal de Guaimaraya (río Caquetá), uno de los más bellos mitos antropogónicos (creación del ser humano) que he recogido en mis largos viajes de contacto con sabedores indígenas. Lo resumo en un poema.

LA SOMBRA Y EL ECO

*El Padre sentado entre el Silencio,
Maduraba silencios.*

*Aún no se inventaba el trueno,
Ni el murmullo del viento entre las hojas,
El rugido del tigre, el grito de las águilas,
Ni la voz como espina del zancudo.*

¿Con quién puede hablar el dios?

*Entonces vio su sombra.
Estaba allí, sentada.
Se inventó la palabra y el eco respondió*

(El eco que es la sombra del sonido).

– ¡Ya tengo compañero!–
Exclamó el Padre.

Fue así como los hombres nos formamos.
Por eso nos sentamos frente al padre
Y cuando en el ritual la voz eleva
Repetimos sus últimas palabras.

He de explicar que en las sesiones rituales de mambeadero (coqueadero), cuando el preceptor habla, el discípulo –que ha de estar muy atento– repetirá la última palabra en la pausa que el Sabedor haga en su cantinela. Es como su eco. En ocasiones, las palabras del maestro se espacian mucho y, entonces, cuando de nuevo se escuchan, dan la sensación de venir del origen, preñadas de silencio.

En casi la totalidad de las culturas la divinidad no es absoluta. Lo absoluto es el Todo. Como mínimo, para realizarse como verdadera divinidad, necesita que alguien similar a ella la reconozca como tal. Por eso la divinidad se inventa al hombre. En la tradición muinane el Padre crea al hombre a partir de su propia sombra y le habla, porque un dios necesita –para ser verdadero dios– que alguien lo oiga, lo entienda y le responda. Su sombra le responde en eco. Luego esa sombra se volverá autónoma. La conclusión es que los humanos somos la sombra y el eco de un dios.

Y ahora vamos con la palabra **SABER**

La palabra *saber* equivale en los usos más habituales a *conocer*, a *tener noticia de algo*, a *estar enterado de algo*...

Esta palabra castellana procede del latín *sapere*, que se conecta con *sabor*. Es que mediante el gusto (*degustar*) se *disciernen* los *sabores*. Y aquí tenemos una de las principales funciones del saber: saber es *discernir*, *delimitar*, *distinguir* unas cosas de otras; entre otras, poder distinguir lo cierto, de lo erróneo; la verdad, de la mentira.

Saber acerca de algo es tener conocimientos acerca de ese algo para entender qué es. Los conocimientos los obtienen los seres humanos por dos vías: por experiencias directas y, sobre todo, por la información que brinda la cultura respectiva. La *información* es tan decisiva que llega a pautar las experiencias que se hagan directamente. En definitiva, toda experiencia es *indirecta*: pasa por la cultura. De ahí la gravedad que comporta la educación que se reciba, que no es solamente la formal (escolar) sino la informal. A la *formal* se la puede observar fácilmente; la *informal*, por lo general, nos asalta sin que nos demos cuenta de ello. De ésta nos queda más difícil tomar conciencia y es de ella de la que llegan a depender, en primera instancia, los valores fundamentales que se depositan en el subconsciente y actúan desde él (pre-juicios) casi como si fueran pautas instintivas.

Sólo que el ser humano tiene la capacidad de *reflexionar*, que no es otra cosa que examinar los conocimientos que se han obtenido mediante la información y la experimentación. De esa reflexión surgen correcciones y nuevos conocimientos. Esa reflexión tiene que ver con el *pensar*.

La palabra *pensar* proviene del latín *pendere*; entre otras cosas significa *pesar*, y da lugar a la expresión *sopesar* = que equivale a examinar atentamente una situación para decidir una acción. Sopesar y degustar: metáforas que se aplican al pensamiento.

Reflexionar es pensar atentamente sobre los conocimientos que se han adquirido. Es de una enorme ayuda para la reflexión cuando se tiene la posibilidad de confrontar los pensamientos troquelados por la cultura a la cual se pertenece, con los pensamientos que están en la mente de una persona de cultura diferente.

Cuando esto ocurre el SABER básico, decantado, propio de los miembros de una cultura, se confronta con el Saber básico de los miembros de otra. Esa confrontación puede ser violenta o amable. La amable lo que pretende es mostrar el punto de vista propio para que el otro lo sopesa y trate de mirarse desde él. Es en ese tomar prestado del otro su punto de vista, para desde allí mirar el propio, es donde tiene lugar lo mejor del «diálogo de saberes».

El requisito mínimo para que el encuentro de dos puntos de vista distintos sea fecundo, reside en pensar que el conocer y examinar el punto de vista del otro va a servir para cambiar, corregir o, al menos, enriquecer, el punto de vista propio. Conocer al otro es asomarse a lo que piensa y es esa la forma mayor y más efectiva como se manifiesta el respeto.

De eso es de lo que trata el «DIÁLOGO DE SABERES».

Para explicitarlo aún más vale la pena examinar el concepto de COSMOVISIÓN y de otra fórmula:

El «DIÁLOGO DE COSMOVISIONES»

Definición mínima de *cosmovisión*: conjunto de ideas y valores acerca de la realidad. Obvio: de lo que cada quien en particular (no hay dos cosmovisiones iguales), o de lo que cada cultura (más o menos en general) cree (supone) que es *la realidad*.

COSMOVISIÓN

La palabra *cosmovisión* se compone de dos elementos claramente diferenciables: *cosmos* y *visión*.

Cosmos es una palabra tomada directamente del griego *kósmos*; originalmente significó *orden*. Al conjunto de la realidad física (a escala macro) se le dio el nombre de *kósmos*, porque la característica que privilegiaron los griegos en él fue el ser un «conjunto ordenado». Este sentido es posible vislumbrarlo en otra palabra de uso cotidiano: *cosmético*, del griego *kosmetikós* = *ordenado*. Es que un cosmético es un factor (artificial) que se quita o agrega al cuerpo «ordenándolo culturalmente», diferenciándolo del mundo (orden) natural. Cada cultura es una «manera de ordenar el mundo», «una manera de armarlo» de acuerdo a una pauta intelectual que llamamos «saber del mundo».

Visión en castellano viene del latín *visio*: es lo que resulta del acto de ver: imagen. En su origen esta palabra se conecta con la palabra *sabio*, “el sabio es el que ve ciertas cosas con claridad”. Y es que el ser humano es eminentemente *visual*; es decir, buena parte de su conciencia y noción de mundo se debe a su capacidad de *ver*, al ejercicio de su *visión*. Por eso saber equivale a ver. El que sabe es quien ve con claridad. En el más hondo fondo, *ver* es una forma de tocar; percibo formas y colores a distancia; igual que el *percibir olores*: los efluvios que vienen de los seres.

Pero la palabra *cosmos* y la palabra *visión* al juntarse se llenan de otros significados. Dentro de la palabra *cosmovisión*, *cosmos* equivale a *realidad*: es el conjunto de todo lo que es, tanto lo físico, como lo inmaterial como es el caso de los pensamientos. Todos los pensamientos hacen parte de la realidad. Dentro de la palabra *cosmovisión*, *visión* equivale a imagen, noción o idea. La *cosmovisión* es el conjunto de ideas que se tienen acerca de la realidad. Es también la imagen que tenemos de la realidad. Pero las ideas no están solas: el mundo (tanto físico como cultural) se ve jerarquizado, se le aplica una escala de valores. La *cosmovisión*, entonces, es el conjunto de ideas y valores acerca de la realidad... de lo que se cree que es la realidad. Algo más: ese conjunto de ideas y valores es lo que termina por ser la realidad para cada quien. Por eso dialogar es difícil porque cada quien tiene una manera propia de armar eso que se llama realidad.

Hay que agregar una noción fundamental: se vive (se actúa) de acuerdo a la *cosmovisión* que se tenga. Una de las formas de definir la vida humana es diciendo que es la forma en que las personas aplican sus ideas y valores acerca de la realidad; en otras palabras, es la forma en que cada quien maneja el mundo o se maneja dentro y con el mundo.

Y ahora sí: «Diálogo de Cosmovisiones»: se dialoga fundamentalmente para enriquecer la propia *cosmovisión*, corrigiéndola y complementándola y estructurándola (ordenándola) mejor. Secundariamente se dialoga para ponerse de acuerdo o para aproximarse a ponerse de acuerdo.

El diálogo es inútil si cada interlocutor no parte del principio de que su *cosmovisión* es perfectible.

CLASIFICACIÓN

Hay muchas maneras de clasificar las *cosmovisiones*. Se parte de que no hay dos *cosmovisiones* absolutamente iguales, pues ninguna persona tiene *exactamente* la misma experiencia ni la misma información acerca de la realidad. Pero entre la gran diversidad encontramos que algunas se parecen.

La manera más complicada de clasificarlas sería según los contenidos. Una manera más apropiada y que serviría para aplicarlas a todas, sería verlas según su forma.

Según el número de sus elementos

En primer lugar no existe ningún ser humano que tenga todas las ideas (conocimiento, información) acerca de la realidad, ni ningún ser humano que carezca de todas. Unas personas tienen más que otras, otras menos que otras. Por diversas circunstancias (oportunidades, capacidades, gustos) hay personas en cada cultura que atesoran mucha información; otras personas tienen poca. Hay por lo tanto cosmovisiones con muchos elementos y cosmovisiones con pocos elementos. Entre estos dos extremos se da una gama muy variada. Las llamaremos +E y -E.

Según el grado de armonía, de coherencia

La experiencia cotidiana nos enseña que hay personas cuyas ideas las tienen muy desordenadas, en tanto que hay otras que las tienen bien ordenadas. Diremos entonces que las hay con mucha armonía o con menos armonía, es decir que comportan pocas o muchas contradicciones. Las llamaremos +A y -A.

Si juntamos las dos clasificaciones anteriores tendremos:

+A y +E: aquellos que tienen muchas nociones acerca del mundo (realidad) y las tienen muy bien ordenadas.

+A y -E: personas con pocas nociones acerca de la realidad, pero las tienen muy bien ensambladas.

-A y +E: muchos elementos pero poca organización.

-A y -E: no sólo tienen pocos conocimientos, además, los pocos que tienen los tienen desorganizados.

Lo que busca idealmente el sistema educativo en toda cultura es que sus miembros tengan la oportunidad de acceder a una cosmovisión muy rica y muy armónica (coherente).

Pero desde luego hay sistemas educativos que buscan mantener las injusticias.

Pero desde luego hay sistemas educativos que buscan mantener las injusticias. Los que usufructúan las injusticias viven ingeniándose las para utilizar el poder en orden a perpetuar las injusticias y son muy arrojados en eso de atacar cualquier posibilidad de modificar las estructuras del poder que detentan.

Es bueno colocar un ejemplo contundente: una cosmovisión que maneje el principio de que los hombres son superiores (intelectual y moralmente) a las mujeres y, por lo tanto, que ellos por el mismo trabajo deban recibir salario superior, es una cosmovisión retrógrada, injusta, terrorista, machista... y quienes la usufructúan ("los machos") buscarán por todos los medios que dicha valoración negativa de la mujer se mantenga.

Se puede avanzar en la clasificación de las cosmovisiones continuando con una división por pares, en que uno de los elementos es positivo y el otro negativo.

Cosmovisión crítica y acrítica. La cosmovisión crítica puede ser también autocrítica y no autocrítica. La preferible desde luego es la crítica («que no come entero»), y la autocrítica.

La autocrítica es la que permite corregir los propios puntos de vista consciente y honestamente; actuar por convencimiento propio.

Cosmovisión dinámica y estática. Si bien, en principio, el conjunto de ideas y valores que poseemos están en permanente movimiento –acomodándose al mundo o acomodando el mundo de la vida–, siguiendo la ley del menor esfuerzo (consumir menos energía) las cosmovisiones tienden a anquilosarse. La autocrítica y el contacto crítico con otras cosmovisiones permite sacarlas del marasmo.

El movimiento en el interior de la cosmovisión depende mucho de la edad de las personas. Muy dinámicas en la niñez y en la juventud, muy críticas en la adolescencia, van perdiendo impulso renovador en la madurez y terminan por anquilosarse en la vejez. Es un asunto de energía vital. Algo similar ocurre con las culturas. Tienen etapas muy dinámicas, reposadas y retrógradas. A veces renacen con gran vigor restableciendo ideas y valores que en un momento se pensaron obsoletas.

La cosmovisión juvenil (la propia de la mayoría de los jóvenes) se estructura sobre un valor al que se le da el máximo de validez:

«Lo nuevo es mejor que lo viejo»

La cosmovisión senil (la propia de la mayoría de los ancianos) se estructura sobre un valor al que se le da el máximo de validez:

«Lo viejo es mejor que lo nuevo».

Hubo un tiempo, por ejemplo, en que se creía que lo mejor había estado en el pasado. Así, un paciente al ser intervenido por médicos, prefería al galeno que se basara en los documentos (recetarios) más antiguos. Este tipo de cosmovisiones se hizo añicos cuando se impuso la idea del progreso. Hoy día, la mayor parte de pacientes prefiere las últimas tecnologías y medicamentos.

Lo cierto es que no todo lo nuevo es bueno ni todo lo viejo es malo. Lo viejo tiene una ventajita que en ocasiones llega a ser considerable: ha sido experimentado; pero si se impone este valor con radicalidad llega a convertirse en el mayor freno para mejorar el manejo del mundo y de la vida. La sabiduría está en ser profundamente crítico, autocrítico y honesto. Ni lo nuevo ni lo viejo son malos o buenos por ser viejos o nuevos. La validez no reside en la novedad o vejez. En principio, la cosmovisión *nueva*, cuenta con la posibilidad de acoger lo mejor de la antigua. Debe haber *diálogo* permanente entre las cosmovisiones viejas y las cosmovisiones nuevas.

Las cosmovisiones también se pueden examinar desde el punto de vista de si son **teóricas o prácticas**. Sobre todo hay que insistir en eso de que la gente ha de actuar de acuerdo a razonamientos y no simplemente razonar (justificar) la forma en que actúa. Hay gentes que tienen cosmovisiones magníficas que les muestran la ruta de un correcto actuar; pero por falta de voluntad deciden no practicarlas; esto da pie para hablar de cosmovisiones **auténticas e inauténticas...** que se aplican o que no se aplican. De pura palabrería o de

obra. **Hay que hacer obra las palabras** (pensamientos, ideas y valores ... cosmovisiones). Es uno de los preceptos más entrañables de los Sabedores Indígenas.

En todas las cosmovisiones se tienen preguntas y respuestas acerca de:

1-. **Cosmología.** Qué, cómo es y cómo se originó el mundo y la vida del cual y de la cual hacemos parte. Cosmología (una parte de la cosmología es la cosmogonía; no hay que confundirlas; la cosmogonía trata del origen del mundo y de la vida como conjunto).

2-. **Antropología** general. Qué es, cómo es y cómo se originó el ser humano y cómo ha sido su evolución natural y cultural (social).

Estos dos grandes temas se subdividen en infinidad de subtemas. Entre estos subtemas se encuentra el de las ideas religiosas que abordan el problema del ser humano en su dimensión tanto material como espiritual. La perspectiva religiosa es una de las más decisivas como estructuradora de cosmovisiones.

El estudio de los subtemas ha dado origen a diferentes ciencias, cada una de las cuales profundiza en aspectos particulares y en la visión de conjunto.

Hoy día las ciencias (mediante la educación formal e informal) son las que más inciden en la conformación de las cosmovisiones. Hay ciencias (disciplinas, estudios) que tienen como tema y preocupación los «saberes ancestrales». En esos saberes reposan experiencias privilegiadas de la humanidad en su larga historia. Es bueno tenerlas en cuenta pues suministran elementos (ideas y valores) que pueden dar lugar a soluciones para un mejor manejo de mundo.

Eso es lo que se pretende poner en juego en el diálogo entre saberes o en el diálogo entre cosmovisiones. Ojo: puede resultar redundante decir «diálogo de (o entre) saberes o Cosmovisiones». Y esto porque todo *diálogo* es en el fondo un diálogo entre saberes o un diálogo entre cosmovisiones (uno habla desde su saber o desde su cosmovisión).

Cosmovisión e historia de las cosmovisiones.

Toda cosmovisión individual o grupal es fruto de un proceso. Ninguna cosmovisión en estricto rigor permanece igual pues las ideas y valores que la conforman están en permanente dinamismo, acomodándose y desacomodándose. No sólo cambian las ideas y los valores; cambia también la forma de organizarlos. Todo es histórico.

CONCLUSIÓN

El «diálogo de saberes» y/o el «diálogo de cosmovisiones» consiste, en su forma más elemental, en intercambiar ideas para lograr entre todos los dialogantes un mejor manejo de mundo, o del mundo de la vida, o de la vida, o de la realidad de la que hacen parte quienes dialogan.

Hay una gradación de Sabedores. Todo ser humano sabe algo, Y ninguno lo sabe todo. Todo mundo posee una cosmovisión, pero nadie tiene una cosmovisión que contenga todos

los conocimientos y que tenga una perfecta armonía y una perfecta sindéresis. Entre esos extremos se colocan todos los mortales. Se piensa que el buen Sabedor en una cultura no es solamente quien tiene muchos datos en su mente respecto de su cultura sino quien es capaz de dar cuenta y razón de ellos y del conjunto, es decir, de las relaciones de unos con otros. Ahondemos un poco en esto.

Un «Sabedor» o «Sabedora» es, en primer lugar, aquella persona que se ha destacado en su comunidad por haber decantado un conjunto rico en los conocimientos propios de la cultura a la cual pertenece. Pero no lo es por manejar sólo datos respecto de su cultura, por más que dichos datos sean muy numerosos e importantes. Tener sólo un buen acopio de conocimientos no basta para ser un auténtico Sabedor. Se requiere ser capaz de dar cuenta y razón desde los fundamentos y estructuras de su cultura de los contenidos de dichos conocimientos. Un verdadero Sabedor no es simplemente quien puede repetir un mito o una fórmula sapiencial; lo es si puede fundamentar lo que ella dice. Es decir, se trata de personas que puedan analizar su cultura.

El Sabedor ideal es, en los términos que hemos venido explicando, aquel que posea y explicita una cosmovisión rica, armónica, crítica, autocrítica, actualizada y vivida, es decir, que la haya puesto en práctica. Lo demás es como decimos en el lenguaje coloquial: «pura pajarilla», o «puro cuento».
